

JOSÉ BELLAS • FERNANDO GARCÍA



100 VECES CHARLY

HISTORIAS ESENCIALES DE UN GENIO EN LLAMAS



José Bellas - Fernando García



Diseño de portada e interior: Pablo Piola
Fotos: Archivo Clarín.

100 veces Charly
José Bellas / Fernando García
1.ª edición: julio, 2016

© 2016 by José Bellas / Fernando García
© Ediciones B Argentina S.A., 2016
para el sello Javier Vergara Editor
Av. Paseo Colón 221, piso 6
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
www.edicionesb.com.ar

ISBN DIGITAL: 978-987-627-654-2

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contra los dinosaurios, siempre.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

El ensayo

Sinfonía para adolescentes

La entrevista

Una tarde en Garcíalandia

Las 100 historias esenciales

1. Superhéroes. (Correte Beethoven)

1

2

3

4

5

6

7

8

2. Vida

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

3. Cinema verité

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

4. Clics modernos

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

5. Cómo conseguir chicas

62

63

64

65

66

67

68

6. Say no more

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

7. Asesíname

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

Las voces

En estricto orden de aparición

La cronología

Bibliografía y fuentes consultadas

Galería de imágenes



EL PRÓLOGO

Cuando Orwell se hizo espectáculo, en algún momento de la alta posmodernidad, al borde del siglo XXI, el reality show *Big Brother* (Gran Hermano) repuso una de las instituciones católicas más temidas: el confesionario. ¿Lo recuerdan? Uno de los participantes de "La casa" debía encerrarse en un cuarto hermético y someterse al interrogatorio del *Big Brother*, una voz en off, el ojo omnisciente de su simulacro de vida convertido en entretenimiento masivo. Una especie de dios electrónico finalmente era capaz de entrar a todas las casas, todas las noches, con tan solo apuntar el telecomando.

El protagonista del cuarto volumen de la saga *Read&Roll*, que se estrenó en 2011 con el libro *100 veces Pappo*, empezó su larguísima confesión avisándonos que "Dios es empleado en un mostrador". Desde aquella letanía folk conocida como "Confesiones de invierno", el protagonista se movió por "La casa" y sus movimientos (¿Yendo de la cama al living?) fueron también los nuestros. Hasta que fue imposible seguirlo. Sobre todo, quizás, a partir del momento *Truman Show* en que el protagonista se puso frente al ojo omnisciente y le espetó "Yo sé que soy imbanicable", en la caótica y a la vez cuidada destrucción del confesionario¹ que fue el álbum y el concepto (¿recuerdan cuando el rock argentino tenía "concepto"?). *Say No More*.

Charly García, entonces, oscilando entre el genio y el kamikaze (aunque los dos estados no necesariamente se anulan) es aquel que cantó y vivió para rasgar la veladura del *Truman Show* argentino (hasta desacralizó el Himno patrio y se entreveró con el poder político) y sobrevivir en el intento. En ese péndulo se mueven las historias que salimos a buscar para este libro: una memoria oral de la música y la vida de Charly en la voz de testigos de su paso por la casa de los García Moreno, el colegio, los estudios de grabación, las giras, los escenarios de Argentina y Latinoamérica, los tratamientos psiquiátricos y su mítica fortaleza de Coronel Díaz y Santa Fe, sitio de insólitos peregrinajes, *aleph* borgeano de todos sus otros lugares. El genio y el kamikaze, se dijo: salidas brillantes, ráfagas de un talento deslumbrante pero también es-

cenar de alto riesgo, sin doble (bueno, verán que aquí se invierte el contrato cinematográfico: el doble de Charly es el que se cuida) ni red, de lo desopilante a lo sórdido.

En *100 veces Charly* leerán al sociólogo Pablo Alabarces, quizás el que más y mejor se aplicó en Argentina al estudio de las culturas populares, no en su traje académico sino en la piel del fan adolescente de Sui Generis y Charly García que fue. Su ensayo, entonces, resulta otro de los testimonios orales de este libro y está en el lugar de todos los chicos y chicas a los que Sui les arrebató el alma (para siempre) en la primera mitad de los setenta.

Una entrevista publicada por el suplemento *Sí* de *Clarín* a principios de 1997 retrata, en un raid casi performático, a García en modo full *Say No More*. De aquel encuentro quedó una de las tantas frases antológicas del *rockstar*: “Estoy en guerra contra la nada”.

El habitual collage de voces de la serie está vertebrado en una línea de tiempo que admite *flashbacks* y saltos. Dos capítulos prescinden, sin embargo, de este orden. “Superhéroes” está dedicado a la curiosa saga de encuentros del tercer tipo que García tuvo con *rockstars* globales mientras que en “Cómo conseguir chicas” desfilan las “chicas Charly” para confirmar uno de los tantos autorretratos de García: “Soy lesbiano”.

Como corolario, *100 veces Charly* ofrece una cronología obsesiva a cargo de Rodrigo García Olmedo que contextualiza los testimonios de las cien historias precedentes.

Un agradecimiento especial a todos los entrevistados y en particular a Mónica Delfino, Francisco Cerdán, Carlos Goldsack y Marcelo Fernández Bitar por compartir contactos y agenda. También a Gustavo Bazterrica por su esfuerzo y entusiasmo para participar de las entrevistas. María Rosa Yorío y David Lebón, cuyas voces consideramos primordiales, se abstuvieron de ser entrevistados.

A Mariana Morales y Silvia Itkin, finalmente, por confiar en esta serie.

Y se sabe: la entrada es gratis; la salida vemos.

1. No casualmente, García había imaginado un contra-reality en el que los protagonistas entraran a la casa “famosos” y salieran “anónimos”.



EL ENSAYO

Sinfonía para adolescentes

Por Pablo Alabarces

No se podía escuchar Sui Generis a los doce años y salir indemne.

Posiblemente, el rock nacional me llegó en el momento y lugar justo: un territorio limítrofe en el lejano Oeste de la ciudad de Buenos Aires, una zona de tránsito entre las luces de Flores y el abismo del conurbano, un lugar de deslizamientos continuos entre Sandro, Favio y Palito pero también Sabú y Tormenta, con las nubes de Manal y Billy Bond algo lejos, con mucho más *Sótano Beat* y *Música en Libertad* que cualquier referencia lejana a Woodstock. Pero también, entre los 9 y los 12 años, huyendo de María Elena Walsh y sin ofertas preadolescentes ni en la tele (¿qué tele?) ni en las bateas: debe ser por eso que nunca soporté a las Violetta históricas. Pasábamos de la música infantil a la música para adultos sin intervalos. Nos encontramos con el beat en Liniers, lo procesamos con guitarras de cartón y Liliana Parenti (salud, Lili) cantando como Bárbara (de Bárbara y Dick), usando el disfraz de Cenicienta de un par de carnavales atrás. Mucho más tarde, en los libros, supimos que "La Balsa" había fundado algo: en ese momento, eran las letras que aparecían en la revista *Canal TV*, antepenúltimas páginas, sin tablaturas (ese fue un invento mucho más tardío: los tonos había que sacarlos a pura oreja y concentración, prueba y error). Por ejemplo, una tal "Muchacha ojos de papel" (cierro los ojos y todavía la veo impresa en *Canal TV*, junto a un "Para saber cómo es la soledad" en versión de Leonardo Favio).

Pero a los doce, fue "Estación": *Todos sabemos que fue/un verano descalzo y ruuubio*. Y peor aún: *quizás sepan que tenía/un hermosa compañeeeeera/que reía y se entregaba/desnuda sobre la areeeena*.

Nadie descubría compañeras entregándose desnudas sobre la arena, a los 12 años, en 1973, y salía del encontronazo sin un estremecimiento. Onanista, dirán: por supuesto, contestaremos, a mucha honra. (Onanismo era el de los primeros setenta, sin porno en Internet, sin acceso a revistas *Playboy* más que excepcionalmente: eso era un prodigioso y exitoso esfuerzo de la imaginación). Pero además descubríamos dos sonidos: el de la guitarra acústica, primero, con cuerdas de acero, que sonaban en el Re que cerraba el segundo verso con un firulete en

el Sol sostenido de la primera cuerda. (Lo escribo y lo oigo). El segundo: la armonización de las voces en los versos 5 a 7. (En 1974 descubrimos el *Grandes Éxitos* de Simon & Garfunkel y aprendimos que la guitarra acústica sonaba igual y que las armonizaciones de voces podían ser, incluso, más complicadas: *Parsley, Sage, Rosemary and Thyme*², "*Are you going to Scarbourough Fair?*"³).

Hasta que, en 1974, fue el acabose: rasguñaban las piedras. Ya estaba en el secundario, y comenzaba el intercambio feroz de acordes: esto va en Sol, esto va en Re, probá con el cambio de tono en el medio de "Aprendizaje". Los buenos guitarristas (por lo menos uno por división) nos pasaban los yeites a los malos, que éramos legión. Los buenos cantantes (por lo menos dos por división) nos pasaban las armonías a los malos, que éramos todos los demás. Y una mañana de septiembre de 1975, llegó Gustavo con los ojos en blanco: "Estuve allí" (sólo quince años más tarde supe que citaba a Clifford Geertz⁴ y a la autoridad etnográfica), "cuando tocaron 'Rasguña las piedras' nos morimos todos". Mucho tiempo después, el mismo Gustavo intentó convencernos de que había estado en el debut de Maradona, lo que retrospectivamente me hizo pensar que su asistencia al Luna Park de *Adiós Sui Generis* había sido un gigantesco bolazo.

A la primera función erótica, primordialmente onanista, para los adolescentes de 1972 hasta finales de la década (y luego a alguna generación más), Sui Generis le sumó una segunda función erótica, más ampliamente relacional: los buenos guitarristas y los buenos cantantes ganaban, levantaban, con el simple recurso de cantar "Quizás, porqué" mirando a los ojos de alguna destinataria. Y una tercera función, digamos, gregaria: en plazas y parques de la patria, en todos los fogones habidos y por haber, durante diez años al menos. Desde 1982-1983, esa función pasó a ser cumplida por la Nueva Trova y el psicobolchevismo neodemocrático. Durante la dictadura, en cambio, se *suigeneraba* como mecanismo de defensa.

(Entonces, este es el momento de los homenajes: a Marcelo González, que tocaba bien, cantaba mejor y levantaba a mansalva; al Cuervo Gómez, que tocaba algo tan insólito como el piano y sacaba los temas de Sui en el piano de cola del salón de actos; a Pepe Pereyra, la mejor voz atenorada que podía encontrarse en los alrededores del Mariano Acosta; a las chicas del Lourdes y su versión de "Quiero ver, quiero ser,

quiero entrar”, canción que, despojada del piano, los arreglos y el paquete guitarra/bajo/batería, reducida a la guitarra criolla y las voces, era una insigne tontería).

Lo ví por primera vez en vivo el 11 de noviembre de 1977 en el Festival del Amor en el Luna Park, nombre tan feo que para mí fue siempre *Música del alma*, como se tituló el disco en vivo. Ya era la dictadura, acababa de cumplir mis dulces 16, no puedo entender cómo mi viejo me dejó ir, ya atenazado por el terror de tener dos hijos adolescentes y otro casi, en tiempos tan inclementes. (Existe la posibilidad de que haya ido clandestino, aunque fui con mi hermano mayor, un prodigio de transparencia. Es posible, entonces, que haya sido mi primer recital, para colmo). Desfilaron todos y todas: tocó Sui, Pursuigieco (juntos y por separado: odié a Porchetto), Santaolalla (¡hizo “Mañanas campestres”!), Lebón, los Hermanos Makaroff, La Máquina de Hacer Pájaros (mucho después supe que fue su despedida). Santaolalla puso en escena algo parecido a Soluna: con María Rosa Yorío intentó cantar una versión preciosa de “Volver a los 17”, de Violeta Parra. El Luna lo chifló, no pudieron terminarla: entonces, Charly García, que de él estamos hablando, enfrentó al público y dijo: “Cuando hay rock, hay rock; pero cuando hay folkito, hay folkito, y se la bancan”. (Dos años después descubrí la versión de Mercedes Sosa con Milton Nascimento en *Geraes* y comprobé que no había límite para la belleza; y también descubrí que Santaolalla la había oído antes que yo).

Yo, que era más folkito que rockero, lo amé un poco más. A la salida, escuché el rumor de que los pesados iban a cazar chetos a Pumper. Por las dudas, huimos.

También recuerdo andar con los casetes de La Máquina en 1977, y que un amigo de mi hermano me quisiera matar al grito de “¡Escuchá Emerson, Lake & Palmer!”.

Ese tipo armó la banda de sonido de mi adolescencia. Aunque le prestamos un poco de atención al primer disco solista de Nito Mestre y los Desconocidos de Siempre (esa voz, esa voz), pronto descubrimos que Nito seguiría toda la vida haciéndole los coros a Charly. Pero que la potencia y la locura, las tenía García. Había que seguir a Charly, sinfonizarse en *Pequeñas anécdotas sobre las instituciones*, volar con La Máquina (dos teclados: había que estar muy loco para meter dos tecladistas en la Argentina de 1976), rematar con Serú.